

Revisión de libros

El Individuo Flotante. La Muchedumbre Solitaria en los Tiempos de las Redes Sociales

Marino Pérez Álvarez
Deusto (2023)

El presente estudio del profesor Pérez Álvarez constituye un ejemplo paradigmático del profundo significado de la condición de la psicología como ciencia a caballo entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales, en la que el objeto de estudio es también sujeto, se trate del individuo, la sociedad o la cultura, con sus inevitables influencias e interacciones recíprocas y en múltiples direcciones, que repercuten en las propias investigaciones y que aquí no dejan de ponerse de manifiesto. Para el autor del libro, de acuerdo con Jaspers, no hay escape de la filosofía y no asumirlo resultaría de una ingenua ceguera. En coherencia con ello, hay un riguroso cuidado en hacerse cargo de esta dimensión, abordando implicaciones epistemológicas, antropológicas, políticas y éticas. Algo que contribuye a la excelencia y al rigor del resultado de este ejercicio intelectual, académico, científico y humanístico.

El individuo flotante es una noción de Gustavo Bueno utilizada y actualizada aquí como herramienta analítica y crítica de las condiciones sociales de nuestro tiempo, que lo conforman como una figura prototípica para comprender una serie de malestares y de problemas actuales que vienen de lejos, y que cobran un nuevo vigor en relación con las redes sociales, incluyendo específicamente problemas psicológicos y de la psicoterapia aunque yendo más allá del modelo biomédico (de esto se trata sobre todo en la tercera y última parte del libro). El autor no pretende que este concepto abarque a todo individuo, ni erigirlo como etiqueta simplificadora de cualquier problema psicológico, ni siquiera de quien pudiese ser identificado con mayores razones como individuo flotante. En cambio, sí se defiende su capacidad de aglutinar una variedad de diagnósticos psicopsicológicos de diferentes autores (yo vacío de Cushman; yo saturado de Gergen; yo proteico de Lifton; yo reflexivo de Giddens; yo nómada y vagabundo de Maffesoli; yo líquido de Bauman; yo invertebrado de López Mondéjar...), dejándose ver a su vez en la literatura (personajes de Dostoievski, Pessoa, Kafka, Camus, Wolf, Calvino...). El individuo flotante sería reflejo de una sociedad flotante a la que intenta adaptarse, susceptible de una contemplación crítica ante la ligereza social y la propia levedad individual, que no cabría entender tampoco sino en estrecha imbricación con la historia social y cultural de la individualidad desde el Renacimiento hasta hoy.

Las tres partes en las que se estructura el libro se coimplican iluminándose entre sí. En la primera parte se expone un recorrido por la historia del individuo desde su génesis y desarrollo por insoslayables

e ilustrativos hitos. Se patentizan crecientes malestares y soledad que preceden a sus versiones contemporáneas, reconociendo como hecho que “la sociedad fue antes que el individuo” y la dialéctica irreductible entre individuo y sociedad, contraria a la concepción de un “yo interior” asumido acríticamente como “natural”, ignorante de su conformación sociohistórica. En este sentido no pueden no tenerse en cuenta: el individualismo asociado a la tradición humanista; la defensa luterana del sentimiento de la fe y su subjetivismo religioso (nada moderno, inscrito en soledad ante Dios y aislado de la razón); su secularización en Rousseau y el Romanticismo, en la pretendida fuente natural autónoma y autooriginaria de una expresividad individual exaltada; nuevas versiones del individualismo en los siglos XIX y XX en contextos como los vinculados a diversas versiones del capitalismo (clásico: ahorrador, ascético, disciplinado; o neoliberal: dispendioso, consumista, cortoplacista).

Marino Pérez exhorta a la psicología a que cumpla su obligación reconociendo la “naturaleza sociohistórica del yo interior” (conformada por prácticas sociales, materiales, lingüísticas y culturales), renegando de su fomento “como algo en sí en detrimento del mundo (exterior)” donde la gente vive (no en su mundo interior), estando uno “dentro de un mundo o situación”, en lugar de afirmar “un mundo dentro de uno”. El autor ofrece una caracterización psicológica y sociológica del tipo de individuos que se irá dibujando como preponderante, heredero de la historia que se ha trazado y que desembocará en nuestra época de teléfonos inteligentes, redes sociales y selfis, en la que no serían nuevos ni el individualismo, ni la soledad ni la muchedumbre solitaria (Riesman).

También a través de autores como Erich Fromm, Ortega y Gasset, Karen Horney, Goffman o Putnam, se sitúan las coordenadas en las que los individuos tratan de habérselas en una senda de cada vez mayor flotación. Por ejemplo, de la mano del primero, se ilustra el funambulismo sobre el tenso cable a transitar entre la *libertad de* instancias tradicionales de autoridad y la *libertad para* la autodeterminación individual, pagando el peaje de la inseguridad y la soledad, y el riesgo de recaer en relaciones interpersonales o sociales y políticas autoritarias de recambio. O el peligro de quedarse instalados en el resentimiento, la destructividad o el conformismo y el gregarismo (de forma cosificada, mercantilizada, superficial, en un contexto consumista donde las personas se instrumentalizan, debilitándose como fines en sí mismos y como otros con los que poder conversar cara a cara y empatizar).

En la segunda parte del libro se aborda de forma fundamentada, solvente y ecuánime, con una amplia gama de investigaciones científicas, multidisciplinarias y estudios longitudinales, la relación causal del abuso de las redes sociales con una serie de malestares y problemas psicológicos: “ansiedad, depresión, disforia de género, conductas autolesivas, ideas suicidas, trastornos de la alimentación”, resaltándose el especial protagonismo de la soledad como elemento frecuentísimo en ellos. El año 2012 resultaría significativo al respecto de la generalización del uso de las redes sociales (hasta llegar al casi sesenta por ciento de la humanidad actual). Sin ser necesarias se habrían vuelto necesarias y, además de usarlas nosotros, nosotros estaríamos siendo transformados por ellas (nuestras experiencias y estilos de vida, nuestros modos de relacionarnos con los demás y con nosotros mismos).

Aunque los malestares psicológicos actuales no sean causados únicamente por las redes sociales (se insiste en la perspectiva histórica de los males que aquejan al individuo), ni tampoco por su uso no abusivo, se señalan una serie de aspectos adictivos, propios de las redes sociales por haber sido diseñados deliberadamente con ellos por una serie de ingenieros, facilitando no sólo que personas vulnerables se conviertan en adictas sino haciendo que otras personas se vuelvan vulnerables. Enunciamos esos aspectos: uso fluido inmersivo (ofreciendo contenidos sin fin); retroalimentación continua (con reforzadores intermitentes de una conducta de picoteo, como las palomas de Skinner); algoritmización del yo (exhibiendo al usuario lo que le gusta); efecto de suspense (incitando a ver qué pasa y el temor a perderse); presión social (para atender, mirar y responder rápido, incitados a la conexión frecuente); comparación social envidiosa (promoviendo una espiral de “autopromoción-envidia” y un canon de felicidad aparente, propagandístico e interesado, vehiculado por *influencers* y generador de malestar, por no estar a altura de la imagen de los demás, o porque la propia imagen fabricada o sesgada y exhibida no se corresponde con la propia realidad más allá de lo momentáneo y virtual).

Una de las virtudes del libro es que, a pesar de dedicar menor espacio y desarrollo a las posibles vías alternativas, afronta la difícil tarea de ofrecer pistas resolutivas para poder actuar, asumiendo la irreversibilidad de la hibridación del mundo real y cotidiano con el mundo virtual y de las redes sociales. Sobre estas se sugiere un uso no adictivo que pasaría por: ordenar y limitar el tiempo que se utilizan; realizar actividades diferentes en lo posible incompatibles con ellas (como prácticas deportivas); clarificar y ordenar los propios valores, estableciendo qué es aquello que más nos importa y que estaría siendo mermado o no cultivado mientras se abusa del tiempo empleado en las redes; asumir malestares como el temor a no estar continuamente presente o actualizado sobre lo que sucede en línea.

A la noción de individuo flotante le acompaña la de “comunidad salvífica”, también usada por Bueno sin resultar inédito el uso del término “salvación” en psicoterapia, asociado a comunidades terapéuticas que serían “salvíficas” no de modo colectivo o político, sino en relación con el individuo flotante, reconocido como persona, atendido en sus padecimientos, ayudado en la elucidación de sus valores y la recuperación de sus fines vitales. Un reto cuando la hiperreflexividad y la autoconciencia intensificada quedan interpuestas entre sí mismo y el mundo y el horizonte de sentido vital se ha perdido. En unas circunstancias, las

nuestras, en las que no se flotaría por vacío sino por sobreabundancia de experiencias, sentimientos, expectativas, sentidos, fines, posibilidades de formas de vida..., con la consiguiente dificultad para orientarse y decidir y el peligro de hipertrofia y parálisis en la rumia reflexiva, en detrimento de la búsqueda activa y la consecución de medios para alcanzar los fines.

Al final de su obra el autor incluye su propuesta a favor de una sociedad liberal, inspirada en su versión clásica pero corregida y actualizada, fomentando la vida comunitaria, regenerando la política y la confianza en ella y en las instituciones, y evitando las perversiones del liberalismo, tanto por la derecha económica neoliberal de acentuada desregulación, como por la izquierda identitaria que apela a los sentimientos. Sus ejes son la libertad de expresión, la persona individual como prioridad, la igualdad moral y legal de todos y el mejoramiento personal y social mediado institucionalmente en las dimensiones política, educativa, jurídica y económica.

La educación es considerada además como aspecto primordial y nuclear en la formación para la vida y el ejercicio ciudadano, en la que deberían desterrarse creencias e ideologías desenmascaradas en el libro. Como el fomento de la expresividad romántica asociada a los deseos infantojuveniles, en realidad moldeados (como los de los adultos) por el mercado y su propaganda consumista; la evacuación de las responsabilidades en la medida en que se achacan al cerebro y a los genes; la consideración del alumnado como cliente que tiene la razón; los excesivos énfasis en el yo interior, el mimo, el consentimiento o en la felicidad a toda costa, en detrimento de la aceptación de las dificultades de la vida y del porvenir o el cultivo de otras inquietudes. A la idea de una infancia considerada demasiado vulnerable - y en este sentido fragilizada - y como alternativa mejor al ideal de resiliencia, se propone la aspiración a la “antifragilidad” (Taleb), considerada más que robustez o recuperación, capacidad de asumir incertidumbres y errores, “exposición a las contingencias” y que “prepara mejor para la vida que el halago, la autoestima y, en fin, mirarse al ombligo” con el principio de realidad antepuesto al principio de placer.

La lectura de *El individuo flotante* se presenta como una oportunidad óptima para comprender y hacerse cargo de parte importante de aquello que pasa y que nos pasa hoy. Se hace bajo la bandera del papel irremplazable de las ciencias sociales, las humanidades, las artes y la filosofía, “para repensar el mundo presente”, frente a quienes pretenden esconder, bajo el rótulo de lo naturalmente dado, lo que es resultado de procesos sociales, culturales e históricos que pudieron y pueden desarrollarse de otra manera (“nada mejor para los intereses de los Gobiernos y de las grandes corporaciones supraestatales” el soslayarlo). En coherencia con el cuestionamiento de un modelo biomédico dominante en psicología y psiquiatría, que naturaliza y privatiza malestares y problemas psicológicos, entendidos como “supuestas averías” biológicas o internas, entendibles mejor antes de la hegemonía de ese modelo, “como reacciones ante las adversidades de la vida”, el profesor Pérez Álvarez invita a “considerar que la actual “crisis de salud mental” es en realidad un síntoma de la sociedad en la que vivimos, mejorable siquiera empezando por la reconversión del consumidor en ciudadano”.

Agustín Moreno Fernández
Universidad de Granada, España
email: morenofdez@ugr.es